

La conversión personal a Cristo en la iniciación cristiana

Personal Conversion to Christ in the Christian Initiation

Emilio José Justo Domínguez

Recibido: 4 julio de 2018

Aceptado: 1 septiembre 2018

Resumen: La iniciación cristiana implica la conversión del hombre a Cristo. Los sacramentos de la iniciación cristiana realizan la introducción del creyente en el misterio personal de Dios. El hombre recibe el don de la vida divina y la acoge conformándose a Cristo. Esa acogida conlleva una transformación de su existencia en el proceso de identificación con Cristo. En este artículo se intenta mostrar que el proceso de la conversión del hombre es la misma iniciación cristiana y se abordan algunas dificultades para su vivencia en el contexto actual.

Palabras clave: Conversión, bautismo, confirmación, eucaristía, iniciación, nueva vida.

Abstract: Christian initiation implies the conversion of the person to Christ. By the sacraments of Christian initiation it happens the believer's introduction into the personal mystery of God. The human being receives the gift of the divine life and welcomes it by conforming himself to Christ. This acceptance entails a transformation of their existence in the process of identification with Christ. In this article we try to show that the process of the conversion of the person is the Christian initiation itself and we deal with some difficulties for his experience in the current context.

Keywords: Conversion, baptism, confirmation, eucharist, initiation, new life.

El cristianismo es el don de Dios mismo que se ofrece a los hombres en alianza para que compartan su misma vida de amor y de comunión. El mensaje de Jesús se concentra en la realidad de ese don, que está activo en el mundo y llama a decidirse ante él: “El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en el Evangelio” (Mc 1,15). Se invita a que los hombres entren en el universo de Dios, lo dejen actuar y participen de su espacio personal. Y esa invitación se concreta como una llamada a la conversión y a la relación personal con Cristo, que son fruto de la misma acción salvífica de Dios. La novedad que presenta Jesús respecto a la conversión está en que no se trata de una condición previa que el hombre debe realizar para que Dios actúe, sino que la conversión es la consecuencia de una vida a partir del reinado de Dios que en Jesús está ya activo y de la salvación que está aconteciendo¹. Por tanto, el anuncio y la acción de Jesús hacen posible la conversión del hombre, que así participa en la misma vida de Jesús. Y, en realidad, entrar en esa relación con Cristo y en el espacio del reinado de Dios es lo que significa ser cristiano y desencadena un proceso vital de transformación. Uno se hace cristiano acogiendo el don de Dios en la relación vital con Cristo, y en ese “hacerse” consiste la conversión².

La medida de lo que es la conversión cristiana no está en el cambio o en lo que el hombre hace sino en la realidad en la que

¹ Cf. H. Merklein, “Die Umkehrpredigt bei Johannes dem Täufer und Jesus von Nazaret”, *Biblische Zeitschrift* 25 (1981) 29-46. J. Jeremias, *Teología del Nuevo Testamento I. La predicación de Jesús*, Salamanca 1993, 181-188. F. Pérez Herrero, “Conversión y fe: respuesta del hombre al evangelio de Dios (Mc 1,14-15)”, *Burgense* 46 (2005) 333-346.

² Cf. R. Schulte, “La conversión (metanoia), inicio y forma de la vida cristiana”, *MySal* V, 109-205. H. Fries, “Teología de la conversión”, en: G. Girardi (dir.), *El ateísmo contemporáneo IV. El cristianismo frente al ateísmo*, Madrid 1971, 429-439. P. Hoffmann, “Conversión”, en: H. Fries (dir.), *Conceptos fundamentales de la teología*, Madrid 1979, 242-248. E. Zenger, “Umkehr”, en: A. Grabner-Heider (Hg.), *Praktisches Bibellexikon*, Freiburg-Basel-Wien 1969, 1120-1123. R. Schnackenburg, *Existencia cristiana según el Nuevo Testamento. Ensayos y conferencias I*, Estella 1970, 43-75. S. Vergés, *La conversión cristiana en Pablo*, Salamanca 1981. Y. M. J. Congar, “La conversión: estudio teológico y psicológico”, en: P. A. Liégé y otros, *Evangelización y catequesis*, Madrid 1971, 65-82. J. Ratzinger, *Teoría de los principios teológicos. Materiales para una teología fundamental*, Barcelona 1985, 63-76. E. Bueno de la Fuente, “La conversión en la teología contemporánea”, *Revista agustiniana* 27 (1986) 185-230. C. García Fernández, “Fe y conversión en su dinamismo teológico e histórico”, *Burgense* 46 (2005) 393-416. J. Alonso, *La conversión cristiana. Estudios y perspectivas*, Pamplona 2011.

se introduce. El centro está en lo que motiva y orienta ese cambio. La iniciación cristiana significa la introducción en el misterio de Dios por el don de Dios, la fe personal y la mediación eclesial³. Los sacramentos de la iniciación cristiana concretan y realizan esa acción de Dios, que implica, a su vez, la acción humana. Por eso, son el criterio y la realización de la conversión de alguien que se hace cristiano. Aquí vamos a fijarnos en lo que le acontece al hombre y en lo que hace el hombre que es iniciado en la vida cristiana, que es una relación personal con Dios vivida en la globalidad de la experiencia humana. La conversión tiene su sentido en la relación con Dios y encuentra su realización sacramental en la iniciación cristiana. Por eso, en este estudio se comenzará situando el hecho de la conversión desde lo que significa la iniciación cristiana. En un segundo apartado se abordará lo que son la conversión y la transformación que ella significa. Y finalmente se reflexionará sobre algunas dificultades que en el contexto actual afectan a la iniciación cristiana y a la posibilidad de la conversión.

1. EL PROCESO DE LA INICIACIÓN DEL CRISTIANO

Ser cristiano es la realización de una experiencia de relación personal con Dios participando en una comunidad de fe. Supone una novedad en la configuración de la existencia personal y una permanente vivencia de la fe. Hay un proceso en el llegar a ser cristiano y un desarrollo de la existencia cristiana. Esta dinamicidad de la experiencia cristiana muestra un aspecto esencial del hecho de la conversión y, puesto que la conversión supone un dinamismo de transformación, se puede percibir su esencial pertenencia a la iniciación.

³ Cf. J.-M. R. Tillard, "Los sacramentos de la Iglesia", en: B. Lauret - F. Refoulé (dirs.), *Iniciación a la práctica de la teología* 2, Madrid 1985, 352-429. D. Lamarche, *Le baptême, une initiation?*, Montréal-Paris 1984. D. Borobio, *La iniciación cristiana*, Salamanca 1996. I. Oñatibia, *Bautismo y confirmación. Sacramentos de iniciación*, Madrid 2000. B. Sesboüé, *Invitación a creer. Unos sacramentos creíbles y deseables*, Madrid 2010, 83-242. F. Taborda, *En las fuentes de la vida cristiana. Una teología del bautismo-confirmación*, Santander 2013. J. Fontbona i Missé, *Los sacramentos de la iniciación cristiana*, Barcelona 2014. M. Campatelli, *El bautismo. Cada día en la fuentes de la vida nueva*, Salamanca 2016.

a) *Introducción en el misterio divino*

La identidad del proceso de ser cristiano viene determinada por la realidad del Dios vivo con el que la persona se encuentra y en cuyo mundo participa. El creyente se va introduciendo en la relación con Dios, en su misterio personal. De ahí que la fe en Dios conlleva una iniciación a la relación con Él y a su misterio. El creyente se introduce en el misterio de Dios.

El Dios vivo es comunicación personal de amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Es la Vida que se comunica y comparte, que se abre a la creación y se comunica a los hombres, invitándolos a participar en su alianza y a introducirse en su misterio de amor (cf. Jn 1,4; 14,6; 1Jn 1,1-4). Toda relación conlleva conocimiento, decisión, acción. Si hay comunicación personal, se hace necesaria la reciprocidad, la acción de la libertad de cada persona y un proceso en el que esa relación se va fraguando. La fe implica en su mismo dinamismo un proceso de relación y una transformación del hombre que va introduciéndose en la relación con Dios.

Este proceso de introducción en la realidad de Dios, en la comunión con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, da forma a la conversión del hombre, que descubre el misterio de Dios (testimonio), lo reconoce como valioso (belleza), se decide a entrar en relación con Él (fe) y configura su vida desde Él (sacramentos). El descubrimiento del Dios vivo como una Buena Noticia y el reconocimiento de la belleza del Evangelio de Jesucristo desencadenan el dinamismo de la conversión. Quien contempla el amor de Dios y siente su fuerza, puede decidirse a configurar su vida desde ese amor, buscando la participación en su misterio. Para ser cristiano se requiere la iniciación a ese misterio. Realmente la vida cristiana es en sí misma iniciación como un nuevo comienzo y como despliegue de una vida nueva, que se da por la participación en la vida misma de Dios y conlleva una nueva configuración de la existencia. Esa introducción en el misterio de Dios es un don de Dios y una acción del hombre que lo acoge y conforma su vida desde la relación personal con el Dios vivo y verdadero.

b) *La acción de Dios con el hombre*

La relación con Dios sólo es posible para el hombre si Dios mismo le sale al encuentro y se le comunica, porque por sí mismo

el hombre no puede alcanzar a Dios ni iniciar la relación con Él. Dios tiene la iniciativa de comunicarse al hombre y de generar una relación personal y, en este sentido, la fe es un don de Dios, que decide acercarse al hombre, y a la vez, en la dinámica del don, una respuesta del hombre, que acoge y vive lo que Dios le ofrece. Así se expresa en el diálogo de entrada en el catecumenado⁴. La fe se pide y con ella se recibe la vida eterna; es decir, la fe significa la inserción en la misma vida de Dios y la relación personal con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo. Por tanto, en el proceso de la iniciación sacramental tiene lugar la introducción en la vida divina. Esto implica la acción de Dios, que se comunica y transforma la vida humana, y reclama la acción del hombre en la comunicación personal de Dios.

Mediante el gran sacramento del bautismo, la confirmación y la eucaristía Dios se comunica y hace al creyente partícipe de su vida. Dios está actuando; se abre a sí mismo para el hombre y lo introduce en su vida trinitaria. Dios inicia al hombre a su misterio personal. Y esa acción divina hace posible y potencia la acción humana. El creyente participa en esa acción, acogiendo el don de Dios, decidiéndose a seguir el proceso de iniciación, actuando para conformar su vida desde el misterio de Dios en la relación con las personas divinas. Esa acción del hombre muestra lo decisivo de la conversión, mediante la cual él participa en la acción por la que Dios lo introduce en su misterio. Y al igual que la iniciación, la misma conversión es una acción de Dios, que llama al hombre y con su gracia lo capacita para ser libre, y una respuesta del hombre, que actúa acercándose a Dios y cambiando su vida⁵.

Así pues, la iniciación cristiana es una acción de Dios con el hombre⁶. Esto significa una acción sacramental. Dios actúa en la creación y con los signos de la creación y se relaciona con el hombre generando una alianza, introduciéndolo en una relación personal y capacitándolo para que actúe en ella de forma libre y responsable. Por eso, en la celebración de los sacramentos la

⁴ Celebrante: “¿Qué pides a la Iglesia de Dios?”. Candidato: “La fe”. Celebrante: “¿Qué te otorga la fe?”. Candidato: “La vida eterna”: *Ritual de la iniciación cristiana de adultos* (RICA) 75. En el bautismo de niños, cuando se pregunta a los padres qué piden a la Iglesia para su hijo, también pueden responder, entre otras fórmulas posibles, “La vida eterna”: *Ritual del bautismo de niños*, 110.

⁵ Cf. Fries, “Teología de la conversión”, 431-435.

⁶ Cf. Oñatibia, *Bautismo y confirmación*, 162-174. Sesboué, *Invitación a creer*, 111-121.

acción del hombre es constitutiva del acontecimiento sacramental. La conversión personal del hombre que es iniciado a la vida misma de Dios pertenece a la realidad del sacramento de la iniciación cristiana como un elemento esencial.

Por otra parte, la acción de Dios en los sacramentos incluye a la creación, que es una realidad de comunión, y al hombre, que es esencialmente relación. Y así, por ser una acción sacramental que incluye estas dimensiones de comunión, relación y mediación, la iniciación cristiana es esencialmente eclesial. El hombre actúa en la comunidad cristiana, desde la Iglesia y con la Iglesia, participando en su vida e introduciéndose en una comunión que lo engrandece y lo sostiene. La fe de la Iglesia es el espacio comunitario de la iniciación del hombre al misterio de Dios y, por tanto, de la vivencia de la fe⁷.

c) *La vivencia sacramental de la fe*

La fe cristiana significa en su entraña más profunda tocar una realidad personal, estar en contacto con el Dios vivo. Este toque de realidad acontece en los sacramentos, que son encuentros con el Dios vivo y comunicación de su vida⁸. Dios actúa en la persona que los recibe y en la comunidad que los celebra. Y así Dios mismo configura la vida de la persona que toca el misterio de Dios en la celebración. En la liturgia se realiza ese contacto personal entre Dios y el hombre física y comunitariamente. El bautismo, como participación en la misma vida de Dios, es el acontecimiento central de la iniciación cristiana y la fuente permanente de la vida del cristiano⁹. En la confirmación el Espíritu Santo fortalece al cristiano y lo capacita para introducirse plenamente en la co-

⁷ Cf. Francisco, *Lumen fidei*, 29 de junio de 2013, nn. 37-39. J. Ratzinger, *Introducción al cristianismo*, Salamanca ⁷1994, 71-74. W. Kasper, *Introducción a la fe*, Salamanca ³1989, 153-172. H. de Lubac, *La fe cristiana. Ensayo sobre la estructura del Símbolo de los Apóstoles*, Salamanca ²2012, 179-235. H. Urs von Balthasar, *Credo. Meditationen zum Apostolischen Glaubensbekenntnis*, Freiburg ⁴2009.

⁸ Cf. Francisco, *Lumen fidei*, nn. 40-45. San Juan de la cruz describe la acción del Espíritu como un “toque delicado, que a vida eterna sabe”: San Juan de la Cruz, *Llama de amor viva* 2,17-22. Sobre el tocar en la experiencia de Dios cf. E. Falque, *Pasar Getsemaní. Angustia, sufrimiento y muerte. Lectura existencial y fenomenológica*, Salamanca 2013, 157-162.

⁹ Cf. Lamarche, *Le baptême, une initiation?*, 57-118. Tillard, “Los sacramentos de la Iglesia”, 372-399 (“El bautismo, sacramento de la incorporación

munidad y ser testigo vivo de Cristo y miembro activo de la misión de Cristo, a la que ha incorporado a su Iglesia. La eucaristía significa la permanente inserción del creyente en el misterio de Cristo; al comunicarse Cristo y entregarse, el cristiano entra en su comunión personal y eclesial. Esto se realiza litúrgicamente, en la celebración eclesial, por los signos físicos (agua, crisma, pan y vino) y la palabra de la oración. Así el creyente entra en contacto con Cristo y lo hace en un acontecimiento comunitario, tanto por la esencial forma comunitaria de la celebración litúrgica como por la inserción en la comunidad eclesial mediante relaciones personales, acciones concretas y compromisos en común. En la Iglesia real el cristiano toca el misterio de Dios.

La celebración sacramental es vivencia de la fe, pues los sacramentos la suponen, la fortalecen y la alimentan (cf. SC 59). La fe es un don de Dios porque Él inicia la relación personal, pero incluye la decisión y la acción del hombre, que acoge la presencia de Dios y participa activamente en la alianza que le ofrece. Por tanto, la fe es una acción del hombre que confía en Dios y se adhiere a su misterio personal y a su palabra. El bautismo otorga la fe como relación personal entre Dios y el hombre a la vez que reclama la decisión del hombre por Dios que expresa la fe. En el Nuevo Testamento van esencialmente unidos fe, conversión y bautismo (cf. Mt 28,19; Hch 2,38; Ef 4,5-6; Ga 3,26-27)¹⁰. Así el bautismo confirma la decisión de fe del hombre y lo introduce en el misterio personal de Cristo y en su relación con el Padre por el Espíritu Santo; además, la confirmación supone esa fe que fortalece para ser vivida en lo concreto de la historia; y en la eucaristía se alimenta esa relación recibiendo sacramentalmente al mismo Cristo en quien se cree. La fe del hombre pertenece al acontecimiento sacramental, pues él actúa con Dios y abre su existencia para participar en su vida trinitaria.

Así pues, vivido como acontecimiento de la fe, el gran sacramento de la iniciación cristiana configura la existencia creyente y la vivencia de la fe como relación personal con el Dios vivo. Esto supone un proceso de introducción en ese misterio y la acción del hombre, que se abre a lo nuevo de la realidad de Dios,

a Cristo”). J. Granados García, *Tratado general de los sacramentos*, Madrid 2017, 38-44.

¹⁰ “Todo el Nuevo Testamento atestigua un vínculo esencial y constitutivo entre bautismo y fe. El sacramento sella la iniciativa absoluta de Dios y la aceptación libre del hombre”: Tillard, “Los sacramentos de la Iglesia”, 390.

acoge el don de su vida y conforma su vida con Dios mismo. La misma iniciación cristiana es transformación del hombre, conformación de su ser y configuración de su existencia. Dios y el hombre actúan. En efecto, la acción de Dios hace posible y reclama la acción del hombre¹¹. Y así, la misma iniciación cristiana es conversión del hombre. En el sentido de la comprensión evangélica de la conversión que se señalaba al principio, no se trata de un mero requisito para ser cristiano, sino que el mismo proceso de hacerse cristiano es la conversión y conlleva un progresivo cambio de vida; de tal manera que si no hay conversión no se da una real iniciación, pues la conversión es una acción que pertenece a la iniciación cristiana.

El acontecimiento sacramental es acción de Dios que incluye la acción del hombre y desborda la celebración de los sacramentos. En el *Ritual de la iniciación cristiana de adultos* se puede percibir con claridad lo que es algo propio de la tradición eclesial: la iniciación cristiana es una celebración sacramental que se asienta en la conversión de la propia vida y que genera una existencia nueva. La acogida del anuncio cristiano, la iniciación a la vida de oración, la participación en la vida comunitaria, la catequesis, la asunción de principios morales y de comportamientos evangélicos, la responsabilidad en la misión eclesial y la celebración de los sacramentos son elementos que pertenecen a la iniciación cristiana justamente porque se trata de una iniciación sacramental que configura toda la existencia personal del creyente. De ahí la significación teológica y la importancia eclesial del catecumenado, que, “entendido como un período de iniciación y conversión personal, forma parte integrante del sacramento del bautismo”¹².

¹¹ Congar habla de una “estructura de diálogo”. Según él, los textos bíblicos y la experiencia de los convertidos “muestran el Dios de la gracia y la libertad del hombre aproximándose uno a otro en una especie de diálogo y de condicionamiento recíproco: algo así como el juego del dominó, en el que uno de los participantes no puede colocar un seis hasta que el otro no ha colocado otro seis”: Congar, “La conversión”, 81.

¹² F. Sebastián, *Evangelizar*, Madrid 2010, 298. Asimismo ya Ratzinger consideraba que el catecumenado es “parte constitutiva del sacramento mismo”: Ratzinger, *Teoría de los principios teológicos*, 80. Cf. RICA 14-20. Compatelli, *El bautismo*, 32-59. Borobio, *La iniciación cristiana*, 546-552. Id., “Catecumenado”, en: D. SARTORE – A. M. TRIACCA (Dirs.), *Nuevo diccionario de liturgia*, Madrid 1989, 298-319. Esta dinámica de iniciación propia del catecumenado, que se concreta en la conversión personal, también pertenece a la etapa de la mistagogia, por la que el creyente se introduce con más profundidad en el misterio celebrado. Cf. RICA 37-40. G. Hernández Peludo,

Puesto que la acción del hombre pertenece al acontecimiento sacramental, la conversión es parte de la estructura y del acontecimiento de la iniciación y de cada uno de los sacramentos que la constituyen. El bautismo es el sacramento de la conversión, pues configura una vida nueva y realiza sacramentalmente la fe de la persona¹³. La confirmación supone la decisión personal y la práctica de vivir como signo de Cristo en medio del mundo. La eucaristía conforma la propia existencia con la de Cristo y alimenta la fe para vivir como Cristo mismo en un permanente esfuerzo de renovación personal según la imagen de Cristo. En la celebración de la eucaristía el cristiano vuelve siempre de nuevo a Cristo y se va ajustando a su misterio en cada circunstancia y en todo el transcurrir de su vida. Y así se puede constatar que “en realidad toda la vida cristiana es conversión”¹⁴ y una permanente actitud de iniciación.

2. EL CAMINO DE LA CONVERSIÓN

La iniciación cristiana es un proceso de conversión personal. El creyente se va introduciendo en el misterio de Dios. Nace a una vida nueva, que va acogiendo, y desde ella va modelando su propia existencia.

a) *Una vida nueva*

Ser cristiano es, en efecto, entrar en una vida nueva. “El que no nazca de nuevo no puede ver el Reino de Dios... el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios” (Jn 3,3.5). El bautismo significa para el creyente un nuevo nacimiento (cf. Tit 3,5-7; 1Pe 1,3.23). Entra en el mundo de Dios y recibe una vida nueva. La conversión supone la introducción en esa novedad y el desarrollo de esa vida que se recibe. Se trata de una vida de filiación que remite a un nuevo nacimiento, en el que el creyente se hace como un niño. “Yo os aseguro: el que no reciba el Reino

“Mistagogia y teología de los sacramentos”, *Estudios trinitarios* 51 (2017) 289-353.

¹³ Cf. Schulte, “La conversión”, 110. Alonso, *La conversión cristiana*, 80-88.

¹⁴ Congar, “La conversión”, 75.

de Dios como un niño, no entrará en él” (Mc 10,15)¹⁵. Para introducirse en el mundo de Dios, en la relación vital con Él, hay que nacer de nuevo y hacerse como un niño. Este nuevo nacimiento genera una apertura a algo nuevo, a la vida del Reino de Dios, a la comunión con Él. Las actitudes que se requieren son la humildad y la confianza radical, como niños confiados en manos de otros y abiertos ante su futuro; y la acción infantil que se pide es la disponibilidad para dejarse modelar. El creyente va configurando su nueva vida y desarrollándola según la imagen, la forma y la medida de Cristo. Se va uniendo a Él y compartiendo su existencia, recibiendo así sus dones y lo que Él es. La identidad de Cristo consiste en ser el Hijo y el creyente participa de esa filiación, de su relación personal con el Padre en el Espíritu Santo. Cristo lo va modelando hasta que el creyente tenga la forma de Cristo mismo (cf. Ga 4,19) y pueda llegar a afirmar: “ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí” (Ga 2,20).

La iniciación cristiana es la conformación sacramental con Cristo y la conversión es el proceso de identificación personal con Cristo, dejándose transformar y modelar por Él, participando de su misterio hasta tener sus sentimientos, pensamientos, actitudes y relaciones¹⁶. En Él el creyente participa del misterio de Dios y conforma una existencia concreta marcada por el Evangelio. Esta nueva vida acontece en la relación personal con Cristo, que tiene lugar en la experiencia concreta de una persona, por su inserción en una comunidad y mediante la vivencia de los sacramentos que configuran la existencia cristiana. La conversión personal es este camino de nacer con Cristo, haciéndose como un niño y conformando la propia vida con Cristo, dejando que Él modele la vida del cristiano. Esto significa también dejar que Cristo nazca en el creyente, según una idea presente en la tradición patristica y de la mística medieval¹⁷. Cristo actúa en el creyente identificándose con Él y llevándolo a su plenitud personal por la participación en la comunión del amor trinitario.

¹⁵ Cf. Ib., 65-66. Schnackenburg, *Existencia cristiana*, 55. M. Scheler, *Arrepentimiento y nuevo nacimiento*, Madrid 2007.

¹⁶ Cf. D. von Hildebrand, *Nuestra transformación en Cristo. Sobre la actitud fundamental del cristiano*, Madrid 1996.

¹⁷ Cf. H. Rahner, *Symbole der Kirche. Die Ekklesiologie der Väter*, Salzburg 1964, 11-87. O. González de Cardedal, *Cristianismo y mística*, Madrid 2015, 313-314.

Esto no significa una desposesión del hombre o su despersonalización. Más bien al contrario, la conversión como conformación con Cristo es posible y necesaria para el hombre porque ha sido creado en Cristo, por Él y para Él (cf. Col 1,16)¹⁸. Tiene su forma y su destino. La medida del hombre está en Cristo, pues en Él se realiza lo que el hombre puede llegar a ser. El ser en Cristo no es algo extraño al hombre sino su destino máximo y su vocación entrañable. Manifiesta su humanidad de forma completa y significa su plena realización personal. No obstante, la identificación con Cristo comporta un cambio en su vida y una modelación concreta de su existencia.

b) *La transformación pascual de la existencia*

El nuevo nacimiento conlleva una transformación que parte de una experiencia de novedad y supone un cambio que produce una ruptura con el mundo en el que se vivía y la cruz del dar a luz una vida nueva. La conversión implica cambio y tiene una dimensión de esfuerzo y de sufrimiento hasta generar una existencia y una situación nueva.

La iniciación cristiana significa la participación personal en el misterio pascual de Cristo y esto implica una dinámica de muerte al hombre viejo y al pecado y de nacimiento a la vida nueva de la resurrección. El hombre es incorporado al misterio de Cristo mediante el bautismo (cf. Rm 6,1-11), en el que se realiza un paso de la muerte a la vida (cf. Jn 5,24), de los ídolos al Dios verdadero (cf. 1Ts 1,9), del pecado a la relación con Dios (cf. Rm 6,11), de la esclavitud y de la ley a la libertad y al amor (cf. Ga 5,1.13), del mundo a la comunidad cristiana. El don de una vida nueva significa la liberación del mundo de las tinieblas y del pecado. La iniciación del cristiano es una pascua, un misterio de vida nueva con Cristo, pasando de la muerte a la vida y del pecado a la fe. El creyente comparte el destino de Jesús, muriendo y resucitando *con* Él. Cristo vive su misterio pascual como una inmersión en el ámbito del pecado y de la muerte para destruirlos y conducir al mundo y a los hombres a la gloria del Padre (cf. Flp 2,6-11). El

¹⁸ B. Rey, *Creados en Cristo Jesús. La nueva creación según San Pablo*, Madrid ²1972. J. L. Ruiz de la Peña, *Teología de la creación*, Santander ⁴1996, 67-85. J. Moingt, "Création et salut", *Recherches de Science Religieuse* 84 (1996) 559-595. L. F. Ladaria, *El hombre en la creación*, Madrid 2012, 15-46.

camino de Cristo hacia el Padre significa una glorificación de su humanidad y, con ella, de la creación y de toda la humanidad (cf. Jn 13,1; 12,23-28; 17,10.24)¹⁹. Como el misterio pascual de Cristo implica una iniciación a la gloria, la participación en su pascua es una introducción en su misterio personal, siendo transformados al participar de la vida nueva que ha plantado en el mundo.

Este paso de una situación vital a otra y de una condición personal a otra por la inserción en el misterio pascual de Cristo es lo que acontece en el camino de la conversión personal del cristiano. Lo que Dios hace en los sacramentos, el hombre lo recibe como don y lo acoge dejándose transformar. Esta transformación se describe así en la Carta a los colosenses: “Despojados del hombre viejo con sus obras, os habéis revestido del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador” (Col 3,9-10)²⁰. El bautismo conlleva una vida nueva, que se expresa con la imagen del revestirse de Cristo (cf. Ga 3,27; Rm 13,14). La celebración del bautismo en algunas liturgias de la antigüedad mostraba con claridad ritual esta dimensión pascual que significa una transformación y un tránsito de un estado de vida a otro²¹. El descenso a la fuente bautismal, el despojarse de las vestiduras, el renunciar al mal mirando hacia occidente y las tres inmersiones en el agua mostraban ese dejar el hombre viejo; así como el salir las tres veces del agua, mirar hacia oriente para profesar la fe trinitaria, subir de la fuente bautismal y ponerse la vestidura blanca significaban la vida nueva que se recibía y que respondía a la renovación realizada durante la preparación catecumenal para el bautismo.

La iniciación cristiana conlleva una experiencia de novedad en la relación personal con Dios, que es la fe, y una transformación real de la existencia generando una nueva vida, que es la conversión. El creyente recibe el don de una vida nueva y realiza a la vez la transformación de su vida según Cristo. ¿Cómo es la

¹⁹ Cf. H. U. von Balthasar, “El misterio pascual”, MySal III, 666-814. F. X. Durrwell, *La resurrección de Jesús, misterio de salvación*, Barcelona ³1967. F. G. Brambilla, *El crucificado resucitado. Resurrección de Jesús y fe de los discípulos*, Salamanca 2003. J. Granados García, *Teología de los misterios de la vida de Jesús. Ensayo de cristología soteriológica*, Salamanca 2009. E. Falque, *Metamorfosis de la finitud. Ensayo filosófico sobre el nacimiento y la resurrección*, Salamanca 2017.

²⁰ Cf. Vergés, *La conversión cristiana*, 273-311.

²¹ Cf. Campatelli, *El bautismo*, 62-100.

existencia del hombre cristiano, de aquel que se ha convertido a Cristo y tiene una vida nueva con Él?

c) *Rasgos del hombre convertido*

“El que está en Cristo es una nueva creación” (2Co 5,17). El camino de la conversión se va haciendo según la medida de Cristo, que es el criterio, la forma y la fuerza viva para el hombre que se va conformando a Él. La conversión nace de la *decisión de optar por Cristo y adherirse a Él*. Reconociéndolo como belleza y medida del hombre, como testigo de la verdad y tesoro de la vida, el creyente siente una llamada y una alegría que lo mueven a buscar su rostro y a identificarse personalmente con Él. Se da una alianza y una amistad que suscitan el seguimiento y la vida compartida con Él. La llamada provoca una opción vital: “Y dejándolo todo, lo siguieron” (Lc 5,11; Mc 10,28). El seguimiento supone una ruptura (dejarlo todo) para hacer un camino con Jesús, el paso a una forma de vida con Él y en su comunidad. Además, conlleva una actitud de disponibilidad, que también se muestra en la reacción de Pablo ante Jesús, cuando le ha salido al encuentro: “Señor, ¿qué quieres que haga?” (Hch 9,6). El creyente vive con Cristo, desde Cristo y en Cristo. Esta configuración vital con Cristo acontece de forma sacramental en el bautismo, por el que la conversión recibe forma y en el que la fe encuentra su fuente permanente de vida.

La adhesión a Jesús implica la asunción de los *valores evangélicos*. El discípulo de Jesús acoge su enseñanza, vive con Él y como Él (cf. 1Jn 2,6). Las actitudes de Jesús, su forma de pensar y sus acciones se convierten en los criterios para vivir. Esto supone dejar algunas formas de vida y configurar la propia existencia desde la palabra de Jesús²². La forma de vida de Jesús y sus actitudes se reciben sacramentalmente en la eucaristía, por la que el creyente que se ha convertido va configurándose existencialmente a Cristo. Compartir su cuerpo sacramental significa hacerse una sola carne con Él, recibiendo así su vida (cf. Jn 6,54-58)

²² Esta configuración de una forma de vida, de un “habitus”, era determinante en los primeros siglos de la Iglesia y fue una motivación decisiva en la configuración del catecumenado y de la comunidad cristiana. Cf. S. Guijarro, *La primera evangelización. En los orígenes del cristianismo*, Salamanca ²2016, 149-177. A. Kreider, *La paciencia. El sorprendente fermento del cristianismo en el Imperio romano*, Salamanca 2017.

y conformando la propia vida con Él, para ser, vivir, pensar, sentir y actuar como Él (cf. Flp 2,5; 1Jn 2,6).

Seguir a Jesús significa integrarse en una *nueva familia*, en la comunidad de aquellos que lo siguen y con la que Jesús se ha identificado (cf. Mt 10,40-42; 12,46-50; 28,20). La Iglesia pertenece al misterio de Jesús y el creyente ha de hacer el camino de la integración en ella y de participación en su vida. Hay también un “nacimiento social”, que es una iniciación a la vida de la Iglesia. La inserción eclesial va siendo progresiva y pertenece al camino de la conversión. Toda la iniciación cristiana y la personalización de la fe incluyen una socialización en la comunión eclesial²³. La vivencia de comunión eclesial significa personalizar la fe en Cristo. El que se convierte se hace Iglesia, en el sentido de que queda incorporado a la comunidad de Jesús y de que ha de vivirse eclesialmente, es decir, participando en la comunidad cristiana, viviendo desde ella y edificándola con la propia vida.

La vida eclesial del cristiano tiene como consecuencia la *participación en su misión*. El que se convierte se hace testigo de la acción de Dios y mensajero del Evangelio. El hombre convertido ha de dar testimonio de la nueva vida que ha recibido en su forma de vivir y de comportarse, con signos de transformación, y de la verdad y de la belleza del misterio cristiano. Todos los sacramentos hacen al cristiano signo de Cristo. Por el bautismo es signo sacramental de Cristo, imagen del Padre, y queda configurado a su misión como “sacerdote, profeta y rey”²⁴; en la confirmación el Espíritu Santo lo alienta para ser testigo y presencia del amor del Padre manifestado en Cristo, fortaleciéndolo para la misión²⁵; en la eucaristía recibe la forma proexistente de Cristo para amar y entregar la vida por los demás como Él y con Él.

²³ Cf. H. U. von Balthasar, “La conversión en el Nuevo Testamento”, en: *Ensayos teológicos IV. Pneuma e institución*, Madrid 2008, 196-208; 204. I. D. Zizioulas, *El ser eclesial. Persona, comunión, Iglesia*, Salamanca 2003.

²⁴ Cf. RICA 224.

²⁵ Cf. Oñatibia, *Bautismo y confirmación*, 255-261. Borobio, *La iniciación cristiana*, 498-505.

3. INICIACIÓN Y CONVERSIÓN: ALGUNOS PROBLEMAS Y DESAFÍOS

La iniciación a la fe y a la vida cristianas, que es un camino personal, eclesial y sacramental, supone la conversión personal, la identificación con Cristo, la asunción de su vida y la inserción en la comunidad cristiana. Siempre ha supuesto un desafío para la Iglesia, motivando opciones en la forma de anunciar el Evangelio, de celebrar los sacramentos, de preparar para ellos y de acompañar en el despliegue de la existencia cristiana. La objetividad del don de Dios siempre incluye la acogida subjetiva mediante la conversión de la persona y la vivencia personal de una existencia determinada. En la situación actual hay algunos elementos sobre los que se puede reflexionar para intentar comprender algunas dificultades y algunos desafíos que plantea hoy la vivencia de la iniciación cristiana y de la conversión que forma parte de ella.

a) *La apertura a lo nuevo*

La fe significa una experiencia de novedad. Hay un anhelo, un deseo y una capacidad en el hombre; pero la realidad de Dios excede ese deseo del hombre, abriéndolo a un misterio que lo sobrecarga y sobrecoge. La medida de la experiencia de fe no está en el hombre sino en el misterio del Dios vivo. El hombre contemporáneo valora la experiencia y lo novedoso, acercándose a lo místico en un sentido amplio, pero a la vez tiende a cerrarse en un tipo de racionalidad científica que excluye una apertura a lo trascendente, a Dios como realidad personal.

La iniciación cristiana se dirige a la participación en el misterio de Dios. El Dios vivo y verdadero es el objetivo y el contenido de esa iniciación. Una religiosidad difusa hace difícil descubrir la belleza de Dios y que el camino de la conversión a Él sea deseable y atractivo. Sin embargo, sólo el encuentro con el Dios vivo puede suscitar una conversión real. El desafío eclesial está en hablar bien de Dios y ser testigos auténticos y transparentes de su misterio. Como se viene recordando en los últimos decenios, es determinante la centralidad teológica de la Iglesia, es decir, situar con claridad y de forma práctica el misterio de Dios en el centro de la acción eclesial. Su belleza puede suscitar la conversión del hombre.

Por otra parte, la valoración de la experiencia es un elemento cultural que ayuda a entender la conversión. Ésta sólo puede partir de una experiencia personal de encuentro con Cristo que lleva a una búsqueda personal y a una transformación de la propia vida. Esto implica una novedad. Y en efecto, el deseo de novedad que alienta en la cultura contemporánea puede ser un enganche y un valor para ofrecer un testimonio cristiano auténtico. Se trata de un testimonio que necesita iluminar también la racionalidad, porque el ser humano tiene que pensar las cuestiones religiosas. Parte fundamental del testimonio cristiano es “dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza” (1Pe 3,15)²⁶.

b) *El drama de la ruptura cultural*

La fe significa la apertura a un mundo nuevo, con una nueva luz. Esa novedad provoca la conversión, que implica el salto personal a una realidad nueva y una ruptura con el mundo y con el ambiente que dificulte la vivencia de la fe o no sea coherente con el Evangelio. De alguna manera el cristianismo siempre supone un cambio y una cierta distancia respecto al mundo en el que se vive²⁷. Los cristianos se insertan siempre en el mundo pero no se identifican totalmente con él (cf. Jn 17,9-24). La conversión supone esa distancia y ruptura con un mundo de ideas, relaciones, pensamientos, comportamientos. La vida cristiana es, en gran medida, alternativa y genera una ruptura.

Cuando la cultura se hace cristiana ese salto de la fe y esa ruptura social y cultural parecen desaparecer porque lo evidente es el ser cristiano. Sin embargo, tanto en la forma de cristianidad como en un ambiente no cristiano es necesario el proceso de la conversión para que cada uno se identifique personalmente con Cristo y se conforme sacramental y existencialmente con Él. La experiencia de Dios y el camino cristiano pueden darse en un ambiente cultural cristiano y entonces la conversión tiene lugar en lo cotidiano del vivir eclesial, social y familiar; es un camino de conversión acompañado, motivado y favorecido por la

²⁶ Cf. G. Amengual, *La religión en tiempos de nihilismo*, Madrid 2006, 147-183. J. M. Prades López, *Dar testimonio. La presencia de los cristianos en una sociedad plural*, Madrid 2016.

²⁷ Cf. G. Bardy, *La conversión al cristianismo durante los primeros siglos*, Madrid 1990. L. W. Hurtado, *Destructor de dioses. El cristianismo en el mundo antiguo*, Salamanca 2017.

situación social y cultural. Pero en ese mismo ambiente si no se da la conversión personal no hay cristianismo real. Es lo que refleja la dramática comparación que Pascal hacía entre los primeros cristianos y los de su tiempo²⁸. En los primeros se da una opción consciente, esforzada y que valora la fe; en sus contemporáneos piensa que se da por supuesta una fe que realmente no hay por debilidad, por falta de instrucción o por desinterés.

El otro contexto en el que puede producirse la conversión se da cuando el ambiente o la cultura en la que uno vive no son cristianos, o bien cuando la persona es extraña al contexto cristiano porque no ha tenido un testimonio de la fe o no la ha experimentado personalmente. En este caso la conversión significaría el paso del desconocimiento a la experiencia de Dios, con un claro salto vital, personal y cultural. Sería la conversión en forma externamente radical. Desde el punto de vista cultural, si el ambiente social no es cristiano, cuando se da la conversión ha de darse una experiencia fuerte que implica una ruptura cultural que es dramática y puede llevar al martirio.

Aun cuando el contexto cultural tiene una gran influencia en el itinerario personal, lo que es determinante en el proceso de conversión es la experiencia personal. Hay un camino de conversión en el que uno va iniciándose, haciendo una experiencia personal con la familia, en la comunidad cristiana, en un ambiente cristiano; y hay un proceso de conversión en el que se produce una falla en la existencia, se descubre el misterio de Dios y se inicia un proceso de introducción en la vivencia de la fe. Siendo procesos diferentes, el camino de la conversión es un elemento fundamental e indispensable en la iniciación a la vida cristiana y en la vivencia de la fe.

Sea en el despliegue de una existencia cristiana o en un momento concreto decisivo, ha de acontecer una experiencia personal para que se salte al mundo de la fe y se produzca la conversión personal. ¿Cuál es nuestra situación? Aun cuando la cultura occidental tiene una entraña cristiana evidente en su historia y que permanece, se podría constatar que en la práctica hoy la cultura ambiental no es cristiana y los elementos culturales que ha producido el cristianismo, alejados de su fuente vital, en ocasiones se convierten en dificultades para una renovación de la vida

²⁸ Cf. B. Pascal, *Comparación entre los cristianos de los primeros tiempos y los cristianos de hoy*, en: *Opúsculos*, Buenos Aires 1964, 73-79.

cristiana y eclesial. Esto significa que una auténtica conversión implica una ruptura cultural que es dramática para las personas y fuente de dificultades para la Iglesia. El que descubre el Evangelio y se convierte ha de dar un salto que, en cierta medida, lo aleja de sus contemporáneos en experiencia, ideas, formas de vivir, principios morales. Ciertamente, el discernimiento de esta realidad es muy complejo, porque hay elementos culturales que son cristianos en su origen y en su forma, pero hoy están teñidos de una ambigüedad que cuestiona su identidad y conduce a la paradoja de considerar que algunos están vacíos de contenido de fe aunque en su forma parezcan cristianos.

La ruptura cultural que implica la conversión supone un drama y una gran transformación que el creyente ha de aceptar e integrar en su vida y en su espiritualidad, sin resentimiento y con coraje. No obstante, habría que evitar el riesgo del aislamiento social o de demonización inmediata del medio en el que se vive, buscando, a la vez que se mantiene la identidad cristiana, un diálogo sincero con los propios contemporáneos. La experiencia radical del martirio muestra que los cristianos no rompen resentidamente con sus contemporáneos sino que, ante el rechazo y la persecución, se da testimonio de un estilo de vida que nace de la fe. El martirio, en el fondo, es una forma de amor a los hombres y al mundo²⁹. Los testimonios históricos muestran que los mártires mueren confiando en Dios, amando a sus hermanos, entregándose por el mundo, perdonando a sus verdugos.

Realmente en la historia del cristianismo esta ruptura siempre ha sido difícil y en situaciones extremas ha llevado o bien al martirio o bien a abandonar el camino de la fe. Con mayor o menor dramatismo, convertirse significa hacer ese paso costoso, que sólo es posible en la relación con Dios y por la integración en una comunidad. Las rupturas no se pueden vivir desde la soledad sino sólo en la comunión y con la ayuda de otros. El individualismo hace más difícil y casi inasumible esa desinstalación del mundo ambiental en el que se vive.

²⁹ Cf. E. Peterson, *Zeuge der Wahrheit*, en: *Theologische Traktate*, Würzburg 1994, 93-129. Id., *Apostel und Zeuge Christi*, en: *Marginalien zur Theologie und andere Schriften*, Würzburg 1995, 63-94.

c) *Autonomía y comunidad*

La conversión personal a Cristo tiene lugar en la Iglesia y con ella, pues la Iglesia transmite vitalmente el Evangelio, engendra a la vida la fe y acompaña en la vivencia de la comunión con Cristo. Convertirse a Cristo incluye la integración en su Iglesia. La vivencia de los sacramentos siempre es un acontecimiento eclesial. La iniciación cristiana es esencialmente eclesial. Los sacramentos los recibe alguien personalmente, pero los celebra la Iglesia como comunidad de fe. La Iglesia engendra a la fe por el bautismo, integra responsablemente en su seno y en su misión por la confirmación y alimenta su vida y su comunión en la celebración de la eucaristía. El que se convierte y vive la fe participa en la comunión de la Iglesia y vive su camino de fe en ella, de la que recibe la fe y la vida cristiana.

Esta dimensión comunitaria de la fe, de la conversión y de los sacramentos no es fácil de percibir y de vivir con todo su significado en una cultura marcada por el individualismo. La conversión incluye el dejarse guiar por Cristo y el integrarse vitalmente en su Iglesia. La vida comunitaria pertenece a la identidad cristiana y sin ella no es posible una conversión auténtica. Nuestro ambiente cultural crea dificultades para la vivencia de la comunión, la valoración del otro, la humildad en las relaciones, la apertura para acoger enseñanza y orientación, la generosidad para integrarse en un proyecto comunitario... La exaltación de la autonomía personal puede hacer difícil la vivencia de esta dimensión fundamental de la conversión, que incluye un dejarse cambiar por Dios e integrarse en una comunión³⁰.

Ciertamente, la conversión es un acto de libertad personal y la fe es una vivencia personal. El reto está en la vivencia de la comunidad como espacio de potenciación y de despliegue de la propia libertad. En la comunión se descubre que uno es realmente él mismo. El “nosotros” eclesial en el que se integra el yo del creyente no significa su disolución sino su destino más propio, pues es la realización sacramental de la inserción en la vida trinitaria de Dios, en la que las personas son más libres cuanto más fuerte es la comunión.

³⁰ Cf. Von Hildebrand, *Nuestra transformación en Cristo*, 11-27.

d) *La realidad del pecado*

El proceso de iniciación cristiana incluye la liberación del pecado como fuerza que aparta de Dios, destruye al hombre y la comunión de la creación. La conversión se centra en Dios, porque significa volverse a Él e introducirse en la comunión con Él, pero tiene que ver con el pecado, pues supone una renuncia a lo que aleja de Dios, y entraña la necesidad de perdón. Ser implantado en el poder de Cristo y arraigar la vida en Él implica ser arrancados del poder de las tinieblas y del pecado (cf. Col 1,13-14). La conversión a Dios tiene como consecuencia apartarse del mal y del pecado. En realidad, la ruptura con el mundo y lo dramático de la conversión están relacionados con la seriedad del pecado. Al convertirse, el hombre es liberado del pecado, recibe el perdón de Dios y se aleja de lo que le hace pecar. Cambia su vida para abandonar el pecado e intentar vivir en Cristo, sin pecado (cf. 1Jn 3,9). La realidad del pecado es determinante para la conversión. Por él la dimensión de cruz, la ruptura, el sufrimiento y la muerte se hacen presentes en el camino cristiano. El hombre necesita liberación del poder del pecado, que lo atenaza y angustia, lo inclina al mal y lo empuja hacia la muerte. En su experiencia vital el hombre puede constatar que realmente necesita fuerza para no caer en pecado³¹.

Nuestra cultura tiende a la tentación de la inocencia³², a considerar que no existe el pecado o a reducirlo a fallos morales o intencionales. Si no se reconoce la realidad del pecado es difícil afrontar la seriedad de la conversión, que incluye el drama personal de salir de una situación en la que se da un poder maligno y en la que la persona responsablemente ha hecho actual ese poder mediante pecados personales. El pecado aleja de Dios y pone al hombre en una situación dramática de soledad, daño a los demás y muerte. El hombre por sí mismo no puede salir de esa situación y liberarse del peso del pecado que está presente en el mundo e impregna la vida humana. Necesita el don de alguien que está más allá de él mismo y abrirse a lo que sólo puede recibir de otro para ser realmente libre. Por el sacramento del

³¹ Cf. S. Kierkegaard, *El concepto de angustia. Un mero análisis psicológico en la dirección del problema del pecado original*, Madrid 2010. F. Buscini, *L'homme pécheur devant Dieu. Théologie et anthropologie*, Paris 1978. G. Gesché, *El mal. Dios para pensar I*, Salamanca 2002.

³² Cf. P. Bruckner, *La tentación de la inocencia*, Barcelona 2002.

bautismo el cristiano es implantado en el poder de Cristo, en su luz y en su fuerza. Su consecuencia es la liberación del poder del pecado, que implica un proceso de transformación personal en el catecumenado y una actitud de conversión permanente.

4. CONCLUSIÓN

La conversión es la forma antropológica de la iniciación cristiana. La acción del hombre en la iniciación se condensa en su conversión personal a Cristo, configurando su vida con Él. Dios hace al hombre partícipe de su vida por la mediación eclesial y en forma comunitaria y sacramental. El hombre participa de esa vida acogiéndola y actuando responsablemente. En su conversión el hombre es iniciado al misterio cristiano.

Toda la iniciación es conversión y cada sacramento concreta, reclama y fortalece para la conversión personal que implica el hacerse cristiano y para el permanente y vigilante acercamiento del creyente a Cristo, esperándolo, buscando su rostro y viviendo su existencia con Él. En realidad, la iniciación cristiana es conversión y la conversión es la misma iniciación cristiana al misterio de Dios. La conversión no es una especie de requisito para entrar en relación con Dios. El creyente recibe el don de la vida divina de forma sacramental y se introduce personalmente en la comunión de Dios por su identificación con Cristo, en quien se relaciona con el Padre en el Espíritu Santo. La conversión consiste en esa identificación con Cristo y, por tanto, pertenece al acontecimiento de la iniciación cristiana.

Tanto la iniciación como la conversión, que pertenecen a la misma dinámica de la fe, suponen una estructura de diálogo. La iniciación cristiana es una acción de Dios, que inicia la alianza y acoge en su comunión, y una acción del hombre, que acoge el don de Dios y configura su vida en relación con Él, yendo hacia Él e integrándose en sus relaciones personales por la configuración sacramental con Cristo. En la iniciación cristiana el creyente recibe el don de la vida eterna y lo acoge mediante su conversión personal a Cristo. Al ser iniciado se convierte; convertirse a Cristo es acoger el don de su vida y ser introducido en su misterio personal, viviendo la fe y desplegándola en una existencia personal.